

+RADICALMENTE

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”. S.S. San Pío X



Hace falta una cruzada de verticalidades

2 DE SEPTIEMBRE, 2018. III.56

TREINTA APLAUSOS

(UN CARDENAL EQUIVOCADO)

"Si tu hermano peca, ve y corrígelo en privado..."

"Ese espíritu crítico —te concedo que no es susurración— no debes ejercitarlo con vuestro apostolado, ni con tus hermanos (...)" "Entonces —preguntas, inquieto— ¿ese espíritu crítico, que es como sustancia de mi carácter...?"

Mira —te tranquilizaré—, toma una pluma y una

cuartilla: escribe sencilla y confiadamente —iah!, y brevemente— los motivos que te torturan, entrega la nota al superior, y no pienses más en ella. —Él, que hace cabeza —tiene gracia de estado—, archivará la nota... o la echará en el cesto de los papeles. —Para ti, como tu espíritu crítico no es susurración y lo ejercitas con elevadas miras, es lo mismo¹."

Si mi padre cometiera un crimen, no sería yo el que lo proclamase a los cuatro puntos cardinales. Él, de albo solideo, todo de blanco, tiene miserias, todos las tienen, todos las tenemos patentes. ¿Por qué airearlas; por qué echarle tantas, a tantos, para que los despedacen a dentelladas?

Me leído las once larguísimas —iah!, sin brevedad— páginas del Testimonio de Carlo Maria Viganò. El cardenal y Arzobispo sirvió como Nuncio Apostólico en los Estados



Unidos desde el 19 de octubre del 2011 hasta el 12 abril del 2016, habiéndose desempeñado anteriormente como Secretario-General del Governorate de la Ciudad Vaticano.

El Arzobispo apela, desde el principio de su documento, a la *omertà*, vocablo extraño aún en su origen, que algunos relacionan, en su raíz, con la palabra latina *humilitas*, humildad. La *omertà* evoca, trae aires, de silencio y sumisión, disciplina, reverencia, sujeción. Hay uno que es

sagrado: es el silencio que rompe a gritos ante el Sagrario, vocífera, reclama; allí denuncia ante el Cristo, las lacras, y miserias, todas, de Papas y monseñores junto a las nuestras. Delante del Crucificado hecho cosa, se escriben páginas y páginas; y luego, en oblación heroica, se queman, tras haberle contado lo que Él no ignoraba. Que haga el Cristo, con las cenizas, lo que bien crea.

O hubiese podido, de no querer quemarlas, Monseñor, reclamando su derecho de Príncipe, irrumpir, si necesario fuera, ante el Papa, y entregarle el voluminoso manuscrito -si se ha redactado ante el Santísimo no hay otro modo que a mano-, y conminarle por el Dios Vivo -ni Cristo pudo negarse- a que declare. Después, tranquilo, se vuelve ante Dios Sacramentado, y se le dice que se ha cumplido. Y Él, que la Iglesia no es nuestra, ¡es Suya!, hace o no hace.

Tiene el Papa flaquezas, y usted y yo. Las tuvo Pedro y las supo Pablo, y no fue al Sanedrín a publicar sus quejas. Tuvo la valentía que usted no tuvo: la de enfrentar a Pedro, al Pedro inmenso, al de las lágrimas amargas y la espada no ociosa, y juramentos; al Pedro que fue santísimo, sin importar nada de aquello.

Dice usted, reverentísimo monseñor, le copio, que *“Obispos y sacerdotes, abusando de su autoridad, han cometido crímenes horrendos”*. Me viene a la mente aquella fabulita que escuché de niño: *Suelta ese pollo, maldito, / dijo al gavián el hombre, / tu crimen no tiene nombre / cometes un gran delito. / Pero el gavián, ahíto, / responde alzando la voz: / Diga usted qué es más atroz, / caballero concienzudo, / ¿comerse el pollo así, crudo, / que cocido con arroz?*

Mira Dios, mira este asco, ¿o no lo has notado? Veo que no tomas medidas. Lo voy a resolver yo a mi manera. Sé,

mucho mejor que Tú, cómo manejar estos asuntos de acá abajo, aunque estén tan cerca de los de arriba.

Pablo fue a Pedro. El Iscariote al sanedrín. No se repara el crimen de la violación, con el del aborto. ¿Desnudez, o cubrimiento? ¿Ocultamiento, o desfachatez abierta? ¿Vergüenza, o soberbia? ¿Arropar el rojo, o enfangar el blanco? Hay tanto pecado de tantas formas.

Un cura acaba de escribir una preciosa carta. Una madre sabe del desastroso estado de la habitación del hijo; le pide, una y otra vez, que la ordene. Va un día, ella misma, entra, y lo deja todo arreglado. María, la Madre del amor hermoso, lo engalanará todo Ella, que sabe cómo, cuando el Cristo lo quiera.

Omertà —Para ti, como tu espíritu crítico no es soberbia, no es susurración y lo ejercitas con elevadas miras, es lo mismo. Humilitas!

No creo, ino quiero, Monseñor!, - no alcanza para comprar campos de sangre donde enterrar al forastero - que le entreguen, en recompensa, 30 aplausos de plata.

Jorge J. Arrastia.

¹ Escrivá.

“Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.